

provincias, con los títulos de duques o condes, eran sin duda agentes suyos, puesto que los nombraba y los revocaba y su autoridad era exclusivamente una delegación de la real, pero, si bien le era fácil dársele, y aun quitársela, experimentaba más de una dificultad en regular el uso que había de hacer de ella. Para ello hubiese sido precisa una vigilancia que hubiera puesto en el soberano una tensión incesante del espíritu político y en la sociedad un conjunto de instituciones intermediarias que sirviesen para mantener las relaciones entre la corona y sus oficiales.

Ahora bien, no existía nada de esto. Una vez dueños de la Galia, los reyes se conformaron con poner como gobierno de este país el mecanismo simple y grosero del reino bárbaro; hicieron que administraran sus provincias romanas los mismos oficiales que las representaban en las modestas *gaus* del reino de Dispargum. De repente, aquellos humildes empleados se transformaron en una especie de virreyes investidos de un poder muy extenso, y el rey perdió la acción soberana que hasta entonces había tenido sobre ellos. Desde el fondo de aquellas granjas que le servían de residencia, poco informado de lo que sucedía en el país, y no pudiendo ir a donde fuera conveniente con la diligencia necesaria, se veía obligado a confiar en su fidelidad mucho más que en su propio poder. Un conde o un duque, cuando no provocaba de manera demasiado violenta al soberano, es decir, cuando ingresaba de modo regular en las arcas reales los tributos de su provincia y no cometía ningún acto de desobediencia formal, gozaba de una posición casi independiente; su poder era casi tan arbitrario como el de su señor, toda vez que no había nadie que lo fiscalizase, y es fácil figurarse los numerosos abusos que había de permitirse siempre que no fuera contenido por la fuerza de las cosas.

Esta fuerza de las cosas existía, a decir verdad, por doquier, y era la gran propiedad territorial. Se hallaba ésta admirablemente organizada para resistir a las usurpaciones de cualquier poder político; apoyada en la formidable base que le brindaba la posesión del suelo, y agrupando tras sí a casi toda la población rural, ¿cómo no había de reducir a la impotencia a aquel agente extranjero que no tenía a su disposición ninguna de las armas ordinarias del poder público? No podía gobernar, ni aun mantenerse en su provincia, si ésta se unía contra él; necesitaba contar, por lo menos, con su neutralidad benévola. Pero esto era pedir demasiado a aquella clase ambiciosa, pues lo que los grandes querían era ser ellos mismos los mandatarios

del rey en los cantones que habitaban y tener el monopolio de aquellos oficios reales, única cosa que les faltaba para su omnipotencia.

Hacía ya largo tiempo que habían confiscado, por decirlo así, en su provecho exclusivo todas las dignidades eclesiásticas. Desde el siglo VI, Prudencio conocía en España familias episcopales (*domus infulatae*) que se reservaban la exclusividad de dar prelados a la Iglesia<sup>1</sup>, y a fines del siglo VI Gregorio de Tours se alababa de que todos los obispos que le habían precedido, excepto cinco, pertenecían a su familia<sup>2</sup>. Bastaba hacer seguir el mismo camino a las dignidades políticas para que se viese surgir a la larga en los diversos puntos del país a verdaderas dinastías locales investidas de todos los poderes sociales.

Pero para realizar este ideal de la ambición de los grandes había otro medio que el de tomar por asalto todos los cargos de nombramiento real. Todos no podían llegar a ser condes, pero todos aspiraban a ejercitar, por lo menos en sus dominios, una autoridad semejante a la de los condes. Tal pretensión estaba justificada en cierto modo por las circunstancias. ¿Es que podía exigirse de ellos que se inclinasen, como los más humildes proletarios de su clientela, ante el absolutismo de un personaje que a menudo no era más que un liberto real? ¿Y qué cosa más sencilla, para evitar humillación tan chocante, que sustraerse a la autoridad de los oficiales del rey? Cerrando el acceso de tales agentes a sus dominios y prohibiendo que ejerciesen allí las atribuciones del poder público, se contemplaba la susceptibilidad de los grandes y se evitaba la ocasión de perpetuos conflictos.

Es bastante dudoso que estas consideraciones se les ocurriesen a los reyes, pero lo que es cierto es que llegó un día en que de buen o mal grado se vieron obligados a contar con las exigencias de la aristocracia terrateniente. Tal es el origen de la *inmunidad* merovingia. No es ya, como bajo el Imperio, un simple privilegio fiscal, sino la emancipación política de la clase alta. El rey mismo cerraba sus tierras a todos sus oficiales, para que no funcionara en ellas otra autoridad que la del propietario; ningún agente público podía entrar allí: ni para cobrar impuestos, ni para reclutar soldados, ni para administrar justicia. Los grandes señores eran, si puede decirse así, los verdaderos condes de su tierra, los únicos intermediarios entre ella y el poder central. Es cierto que continuaban formando parte del Estado y siendo los fieles del rey, pero su personalidad encubría

<sup>1</sup> PRUDENT., *Peri Stephan.*, IV, 79; cfr. 322 y II, 6.  
<sup>2</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.* V, 49.

muchas otras, a las que no llegaba la autoridad más que por medio de ellos y que dependían de ellos más que de ella.

Este temible privilegio se encontraba ya en germen en la organización de los latifundios; pero los reyes francos, unas veces por imprevisión, otras por impotencia, lo ampliaron en vez de restringirlo. Menos mal que lo prodigaron sobre todo a la Iglesia y que, al hacerlo, obedecían, al menos, a una preocupación de orden público.

En efecto, cuanto más fuerte y libre era la Iglesia en aquel tiempo de violencia, más respetado era el derecho y más asegurada estaba la tranquilidad; pero lo que concedían tan liberalmente a la Iglesia, no podían rehusárselo a los grandes. La inmunidad, que en un Estado bien regido no debía ser sino una excepción, no cesó de extenderse, y en todos los puntos del país surgió una multitud de dominios exentos. Si fuese posible trazar una imagen algo exacta de la sociedad política, tal como quedaba tras aquel trabajo de disgregación, la representaríamos bastante bien por un mapa en que el reino franco aparecería bajo la forma de un archipiélago compuesto de multitud de islotes, respecto a los cuales el poder público había de contentarse con batir las orillas.

La inestabilidad extrema de una situación tan crítica era totalmente evidente; mientras que una de aquellas dos fuerzas enfrentadas no venciese definitivamente a la otra, el único régimen posible era la anarquía. Ni los grandes podían detenerse en el camino iniciado hacia su emancipación total, ni la monarquía podía consentir que se le fuesen arrancando sus prerrogativas más importantes. Fué una guerra atroz e infecunda, en la que la civilización no tenía por qué desear el triunfo de ninguno de los dos bandos. Por una parte, se atacaba con ardor sin igual y se amenazaba a todos los puntos a la vez; por la otra, la resistencia, aunque desprovista de inteligencia política, desplegaba una energía feroz que hacía pagar caro a los grandes lo que quitaban a la corona; y por ambas partes la violencia era la única arma de los combatientes. Los reyes golpeaban a su alrededor con crueldad implacable, derribando con preferencia las cabezas más altas; los grandes, a su vez, no cesaban de urdir conspiraciones contra sus señores. Cuando no podían suscitarles rivales en su propia familia y hasta en la persona de sus hijos, recurrían pura y simplemente al asesinato. Empleaban en sus traiciones cierta embriaguez brutal que no se avergonzaba del atentado, sino sólo de su falta de éxito, y se jactaban del crimen futuro con el mismo cinismo que del crimen pasado. "Sabe —decían al rey— que el hacha

que ha roto los cráneos de tus padres caerá muy pronto sobre tu cabeza" <sup>1</sup>.

Y la experiencia bastaba para probar que tales palabras no eran amenazas vanas. Los reyes tenían justos motivos para temblar ante adversarios tan resueltos; un día se levantó un monarca en medio de la iglesia, durante la misa, después del Evangelio, para suplicar que no se le asesinasen, como a sus hermanos, que se le dejase vivir por lo menos tres años para educar a un sobrino huérfano y que se dejase correr por sus venas la sangre sagrada de la raza merovingia <sup>2</sup>.

Ciertamente, era ésta una declaración singular de impotencia por parte de un poder tan orgulloso y altivo como el de los reyes, pero tal declaración no era sino la expresión sencilla de una verdad incontestable. La lucha que la monarquía sostenía contra las fuerzas de la aristocracia conjurada era la lucha de un hombre contra una nación. ¡Y si al menos la monarquía hubiera sabido aprovecharse de sus ventajas y retrasar tan siquiera el inevitable desenlace...! Pero no fué así: a fuerza de ineptitud y de brutalidad no hizo más que precipitarlo. Sus perpetuas particiones de reinos eran otros tantos motivos de aliento que se ofrecían a la defección de los grandes, a quienes traía ventajas el pasar del servicio de un príncipe al de otro y traicionarlos a todos sucesivamente.

¿Y qué decir de aquellas espantosas querellas domésticas que diezmaron a las familias reales? La decadencia precoz de los merovingios no tuvo causa más activa que el encarnizamiento de todos sus miembros en destruirse mutuamente. Nunca, en ninguna dinastía bárbara, las discordias intestinas igualaron la atrocidad de aquellas luchas que promovían hermanos contra hermanos, tíos contra sobrinos, padres contra hijos; diríase que, en su rabia ciega, los príncipes ansiaban el exterminio de su propia estirpe, como si quisieran realizar el sueño profético de su abuela Basina, que veía a sus últimos descendientes destrozándose en el lodo bajo la forma de animales feroces <sup>3</sup>.

En medio del vaho de sangre que se eleva de tantos parricidios, en pie sobre los cadáveres de muchas generaciones de reyes, hay dos mujeres que atraen especialmente la atención. Los nombres de Brunquilda y Fredegunda son los únicos que merecen ser retenidos por la posteridad en el largo y sombrío catálogo de los últimos merovingios, pues resumen de manera elocuente los lamentables destinos

<sup>1</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, VII, 14.

<sup>2</sup> *Ibidem*, VII, 8.

<sup>3</sup> GREG. TUR., *Hist. Epitom.*, c. 12.

de esta estirpe real. La primera era hija de reyes y digna del trono por la distinción de su espíritu y la energía de su voluntad; pero puso todas las fuerzas de su naturaleza, tan ricamente dotada, al servicio de una ambición poco escrupulosa en la elección de sus instrumentos. Altanera e imperiosa, se hizo blanco de todos los odios y víctima de todas las calumnias en un pueblo que menos que nada soportaba el ser gobernado. La segunda, que había salido de las capas más humildes de la sociedad, y que pasó sucesivamente de la cocina del rey a su lecho y de allí a su trono, no reinó sino por intrigas y mostró en la cúspide del poder la baja de su alma de sirvienta. Flexible, disimulada, llena de astucias y artificios, nunca golpeó de frente, y encontró siempre un instrumento responsable para cada uno de sus crímenes; implacable en sus resentimientos, atroz en sus venganzas y sin conocer el remordimiento ni la compasión, parece el genio del mal que arrastra a la ruina a la dinastía y al pueblo de los francos. En torno a estas dos mujeres vagan como sombras las pálidas figuras de los desgraciados hijos de Meroveo, agotados por el libertinaje, que son padres a los quince años e idiotas a los treinta, y que no teniendo de reyes más que la cabellera, pasan sin gloria su rápida existencia en aquel palacio fatal sobre el cual un santo obispo veía suspendida la espada de la cólera de Dios<sup>1</sup>.

Hubo un momento en que, inmoladas tres generaciones de reyes a los furores homicidas de las dos reinas, todas las esperanzas de la monarquía merovingia se basaron sólo en Brunequilda. Eran entonces grandes las probabilidades de triunfo de la aristocracia, la que se levantó simultáneamente desde todos los rincones de la Galia contra aquella mujer anciana cuyo yugo había sufrido tanto tiempo; inaugurando la aristocracia una táctica que había de darle buen resultado más tarde, supo también ocultar el verdadero carácter de su empresa, poniéndola bajo la dirección nominal de un descendiente de Clodoveo, el joven rey de Neustria Clotario II. Este insensato creía vengar en una extraña a sus padres asesinados, y en realidad era a su propia dinastía a la que hería mortalmente, al sacrificar la hija de los reyes visigodos al resentimiento de los grandes. Abandonada y vendida por todo un pueblo, con unanimidad que prueba la conspiración, la reina de Austrasia pereció en bárbaro suplicio, víctima de la causa que había sucumbido con ella. En el cadáver desnudo y ensangrentado de aquella mujer arrastrada a la cola de un caballo sin domar, ¿cabe desconocer a la realeza misma, encadenada y des-

<sup>1</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, V, 50.

pedazada por una aristocracia a la cual se había entregado sin defensa?

El hijo de Fredegunda pagó cara la corona que los vencedores le consintieron colocar sobre su cabeza; después de haberse prestado tan cobardemente al asesinato de toda su estirpe, hubo de firmar, más bien como prisionero que como rey, aquel famoso edicto del año 614, por el que la aristocracia triunfante obligó a la realeza a devolver lo que había tomado injustamente. Tal edicto, que no es del principio al fin más que una serie de concesiones humillantes firmadas por el rey y dictadas por los rebeldes, les concedía principalmente el objeto de sus ambiciones más ardientes; en efecto, estipulaba que en adelante los oficiales públicos habían de ser nombrados de entre los propietarios del país que había de gobernar, lo que equivalía a no escoger más que entre los grandes. A partir de este momento es también cuando la separación entre Austrasia y Neustria se hizo en cierto modo definitiva, por no tener la monarquía vigor suficiente para mantener la poderosa unidad de la corona de Clodoveo. Otro síntoma de su debilitamiento es la influencia preponderante que la aristocracia ejerció en el futuro sobre la elección del primer ministro de la corona, es decir, del mayordomo de palacio. Todas aquellas medidas cambiaban el centro de gravedad de la vida política: ya no estaba en la familia real, sino en medio de aquella aristocracia formidable que acababa de arrancar al rey una semiabdicación.

El triunfo de la aristocracia distaba mucho, sin embargo, de ser el del orden público. Tantas conquistas, en vez de satisfacer su ambición, no habían hecho sino avivarla más, y ya no se contentaba con un rey reducido a la impotencia: lo que necesitaba ahora era la desaparición de la propia dinastía. La realeza, que había representado todavía un papel hermoso en el reinado de Dagoberto I, ya no fué capaz, después de la muerte de aquel príncipe, de resistir nuevos ataques. En Austrasia sufrió una serie de eclipses que eran las señales precursoras de su próxima extinción. Los débiles reyezuelos de Neustria se encontraban amenazados de la misma suerte. La dinastía merovingia hubiera desaparecido en seguida en los dos países francos, si no se hubiese hallado junto al trono un hombre que tuvo el valor de levantar el cetro real de la charca de sangre en que Brunequilda le había dejado caer. Este hombre fué Ebroín, mayordomo de palacio.

Tenía Ebroín inteligencia suficiente para comprender su época y carácter bastante para dominarla; pero, como Brunequilda, que pa-

recía haberle legado su genio político, profesó completa indiferencia acerca del empleo de los medios, y se perdió, igual que ella, por no haber comprendido que la rectitud y la humanidad son cualidades esenciales del estadista. La tarea a que consagró su febril existencia fué la de restaurar el poder real, ejerciéndolo él tras la persona interpuesta, hasta aplastar a la aristocracia: los dos rasgos principales que caracterizaban a este hombre poderoso y extraño son su extremo ardor temperamental y su astucia consumada. Arrojado por los grandes, reapareció aún más temible; atacado por los austrasianos, los rechazó con vigor; creó y depuso reyes; hizo rodar por el polvo las cabezas más veneradas de Neustria; desplegó igual superioridad en los campos de batalla que en los consejos del trono; frente a los ardientes odios que inspiraba, supo conquistar también amistades preciosas, y, después de haber visto a sus pies a Neustria y a Austrasia, acabó por caer víctima de sus implacables adversarios. Éstos, no pudiendo vencerle, se vieron reducidos a asesinarle.

La crisis en que desapareció el campeón del absolutismo real cierra el siglo VII con las mismas escenas que le habían abierto. A Ebroín le ocurrió lo mismo que a Brunequilda: la propia realeza, convirtiéndose una vez más en instrumento de la venganza de los grandes, se lanzó contra el único hombre que luchaba aún a favor de ella; análogamente a como entonces se había buscado en Neustria al rey que debía abatir el despotismo de Austrasia, ahora fué Austrasia la que dió a los rebeldes el príncipe que necesitaban para derribar la monarquía de Neustria.

Siguieron años terribles (673-681), los más dolorosos que hasta entonces había atravesado la civilización de los francos. Ebroín y Childerico II habían sido asesinados; San Leodegario de Autún fué inmolado junto con innumerables víctimas; la sangre corrió a torrentes, y parecía que la nación estaba a punto de expirar en medio de convulsiones mortales. "Por todas partes —dice un contemporáneo— se vió pulular a los bandidos, como en las primaveras se ve salir de sus agujeros a las serpientes venenosas"<sup>1</sup>. La dinastía merovingia se había hundido; estaba reservado a otro agente histórico el levantar al reino franco de su caída y ponerse a su cabeza para guiarlo hacia el porvenir.

El desastroso régimen que acababa de sucumbir legaba rudas tareas al regenerador; nada tan doloroso como el espectáculo de las ruinas que había acumulado; la vida moral de la nación presentaba una especie de corrupción bilingüe, originada en todas partes por el

<sup>1</sup> *Vita S. Leodeg.*, c. 1 (autor anónimo).

contacto de la brutalidad bárbara con la decrepitud romana. No puede decirse que tal corrupción fuese menor entre los francos que entre los pueblos arrianos; por el contrario, parece que en ninguna parte se encuentran costumbres más frenéticas que aquí, ni degradación más abyecta. Estos bárbaros, en cuanto gustan los frutos de la civilización antigua, no saben dominarse; no se ven aquí más que crímenes monstruosos, traiciones infames y liviandades espantosas. El palacio real resuena constantemente con gritos de angustia y cantos de orgía; es a la vez un lupanar y una encrucijada de bandidos y asesinos; el adulterio y el homicidio andan allí cogidos de la mano; la poligamia se ostenta desvergonzadamente en harenes poblados por sirvientas que se disputan el lecho real. La existencia no está asegurada en ninguna parte, y no se puede abrazar a un hermano sin temor de sentir pasar bajo sus vestiduras el mango del puñal que nos ha de herir. Para todos los otros pueblos había sido proverbial siempre la perfidia de los francos, pero ahora parece esforzarse en excederse a sí misma. Los juramentos más solemnes eran violados al momento de ser prestados, y los compromisos más santos eran pisoteados con cinismo irritante.

Mas no era ésta la única mancha del carácter nacional; si se observan de cerca aquellas naturalezas rudas que se debaten contra el yugo de la disciplina cristiana se ve en ellas la mezcla más repugnante de los vicios más diversos de la civilización y de la barbarie. La naturaleza no produce por sí sola tipos tan lamentables: es necesario para ello la colaboración del ingenio humano. Se ve aquí a la vez un desprecio altanero de los preceptos más esenciales del cristianismo, y una superstición que recurre a la brujería y a los amuletos; una ignorancia bestial de todo lo que es indispensable al espíritu culto, y una manía pedantesca por las nociones más abstrusas; una grosera indiferencia hacia los bienes supremos de la civilización, y una pasión infantil por sus juguetes más fútiles. Todos estos rasgos característicos de lo que se puede llamar la barbarie barnizada se combinan en la desagradable fisonomía del rey Chilperico, cuyo retrato de cuerpo entero y de veracidad absoluta nos ha legado Gregorio de Tours.

Aquel tirano grotesco y lujurioso, que nos hace pensar sucesivamente en Claudio, Enrique VIII y Soulouque, es el tipo más completo del bárbaro romanizado; todo es contradicción e inconsecuencia en su personalidad fugaz y tornadiza. Es desleal, pero no viola sus juramentos sino después de haberse rodeado de reliquias. Le gusta tomar frente a la Iglesia la actitud brutal e irreverente del librepensador

de plazuela, pero bautiza a los judíos a la fuerza y escribe cartas a los santos, añadiendo hojas en blanco para la contestación. Arbitrario y despótico hasta el exceso, castiga con bárbara crueldad la menor resistencia a sus caprichos, pero soporta durante su vida el yugo de una mujer a la que no supo negar ningún crimen, y cuya única superioridad consistía en una perversidad más intrépida aún que la suya. Este hombre de tan extraña ignorancia se divierte haciendo versos y tratados de teología, pero los versos le salen cojos y heréticos los tratados; otro día, habiendo inventado cuatro letras nuevas, no se le ocurre nada mejor que escribir a todas las ciudades de su reino para ordenar que se revisen los manuscritos a fin de corregir la ortografía. ¡Tales eran las distracciones de un personaje que tenía las manos manchadas con la sangre de todos sus deudos y que había asesinado a su propio hijo!

No hay que buscar mucho para encontrar entre sus magnates tipos dignos del modelo real: los Ursos, los Leudastes, los Rauchingos, los Guntramos Bosos y otros muchos son figuras que repugnan y que asustan; queda uno confundido de la violencia de sus temperamentos, de la ferocidad de sus pasiones y de la atrocidad de sus crímenes; no se limitan a ser sanguinarios como sus antepasados, sino que lo son con refinamientos dignos de una época sabia en corrupciones; los hay que, por faltas leves, consideran como un juego el enterrar vivos a sus esclavos, y se complacen en asarlos a fuego lento, apagando por diez veces las antorchas encendidas contra sus piernas desnudas<sup>1</sup>. Las mujeres parecen querer rivalizar con los hombres: los reyes que degüellan a sus hijos<sup>2</sup> tienen por esposas a reinas que asesinan a sus hijas<sup>3</sup>. Las manos femeninas son las que infligen los suplicios más crueles, y, cuando no pueden utilizar la tortura, recurren a los maleficios y a las recetas de la magia negra<sup>4</sup>. Todas las pasiones alcanzan un grado de frenesí y de exasperación desconocido...

¿Quién ha encendido así aquellos temperamentos implacables sino la embriaguez fatal del banquete de la civilización? Tan horrible desencadenamiento de las pasiones no es otra cosa que la fermentación del viejo residuo pagano por la acción de una atmósfera caldeada. La doctrina y la ley de Jesucristo no han descendido aún a aquellas naturalezas incultas; innumerables masas humanas quedan sumidas en la oscuridad y en el fango; el primer impostor que llega y que se le ocurre recorrer el país haciéndose pasar por taumatur-

<sup>1</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, V, 3, 35.

<sup>2</sup> *Ibidem*, IV, 20.

<sup>3</sup> *Ibidem*, IV, 25.

<sup>4</sup> *Ibidem*, V, 40; VIII, 39.

go, y aun por dios, reúne alrededor de su persona a legiones de fanáticos<sup>1</sup>.

Es que hay en la vida de toda sociedad joven una fase especialmente crítica, durante la cual parece caer de repente al nivel de la barbarie primitiva: es la guerra. Entre los francos, las guerras eran cotidianas, y hacían reaparecer en toda su atrocidad al hombre antiguo y a las antiguas costumbres; en cuanto se volvían a encontrar bajo el encanto de las divinidades de la guerra encarnizada y oían por encima de sus cabezas los gritos estridentes de las valquirias, no podían dominarse; se olvidaban de que eran cristianos y se entregaban en absoluto a la embriaguez de la sangre. Ninguna ley moral se observaba entonces; las poblaciones eran asesinadas o llevadas al cautiverio, las mujeres violadas, las iglesias y los monasterios profanados, saqueados e incendiados, los pueblos destruidos, los campos arrasados, y del seno de las poblaciones —dice un cronista— se levantaban gemidos que recordaban la época de Diocleciano<sup>2</sup>.

Se levantaba así toda la jauría de las pasiones paganas, desencadenadas y aullando; parecía que aquellos hombres, apenas convertidos, estaban a punto de volver definitivamente a sus ídolos y a su culto sanguinario. Cuando Teodoberto, nieto de Clodoveo, entró en Italia con su numeroso ejército franco, los habitantes de aquel país asistieron consternados a escenas que hubieron de renovarles los recuerdos más crueles de las invasiones. Al pasar el Po, los guerreros del rey cristiano asesinaron a todas las mujeres e hijos de los godos que pudieron encontrar, y arrojaron al río sus cadáveres como primicias sangrientas que ofrecían al dios de la guerra. "Porque —dice el autor que refiere esto— aquellos bárbaros, aunque convertidos al cristianismo, han conservado la mayoría de los ritos de su antigua superstición, tales como los sacrificios humanos, y otras prácticas impías a las que se entregaban para pronosticar el porvenir"<sup>3</sup>.

Lo más horrible de todos estos desbordamientos de la barbarie es que no se detienen ante el umbral del santuario, y ni la Iglesia se libra de ellos completamente. Antes de volver a trazar el cuadro de lo que ésta ha hecho en favor de la civilización, es indispensable mostrarla aquí amenazada de sucumbir ella misma ante los golpes del enemigo que había de domar. Los más rudos le fueron asestados por los reyes. Nada tan sorprendente como la identidad de procedimientos seguidos por aquellos bárbaros con los que habían empleado

<sup>1</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, IX, 6; X, 25.

<sup>2</sup> *Ibidem*, IV, 47; cf. 48-50. WETTI-

NO, *Vita S. Galli*, II, 35 (*Script. rerum merov.*, tomo IV.)

<sup>3</sup> PROCOP., *De Bell goth.*, II, 25.